

5-X-76

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

V.-EL PAIS IDEAL

UNO está obligado a definirse sobre cómo concibe el país ideal, incluso si su realismo le hace ver como poco probable el que llegue algún día a realizarse. Hay que marcarse una meta, e incluso apuntar por encima de ella, porque las trayectorias políticas como las balísticas tienden a bajar por el peso de la gravedad social.

Allá voy. Lo hago consciente de la dificultad del propósito, a la vez de que este planteamiento, hecho por una mente realista, propende siempre a desencantar a los extremistas, a los utópicos y a no pocos jóvenes.

Mi modelo no es, en primer lugar, Jauja. No creo que, en ningún tiempo y lugar, se puedan atar los perros con longanizas. Se pueden mejorar las cosas, pero siempre a través del trabajo, del esfuerzo y del ahorro. Se pueden aumentar los gastos sociales, pero subiendo los impuestos; se puede distribuir más a todos, pero a costa de la inversión, es decir, a base de repartir menos mañana. Lo que no se puede es complacer a todo el mundo a la vez.

El país ideal será siempre un país de hombres y de mujeres de carne y hueso; con virtudes y defectos, y donde las cosas van siempre algo peor de lo que sería imaginable en teoría.

Mi modelo tampoco es Esparta. Y conste que hay algo de mi naturaleza que me hubiera permitido ser un espartano: lo mismo en cuanto a la disciplina, que al laconismo en el hablar, que al vivir moderado en cuanto a consumo. Reconozco que es un buen sistema para la guerra y para movilizar rápidamente una sociedad atrasada; dicho esto, ni la vieja Esparta, ni la Rusia actual me atraen especialmente.

Aunque la prefiero a Esparta, tampoco Atenas es mi modelo. La cultura, la filosofía, las artes, me parecen cosas importantes; pero, como ya observó Platón, el arte por el arte puede llegar a ser una cosa muy peligrosa. La democracia es también una buena cosa, pero, llevada a las últimas consecuencias, puede condenar a Sócrates, enviar al ostracismo a los ciudadanos de más categoría, y someter al sorteo los mandos de general y de almirante.

Mi modelo es Roma, en un sentido muy amplio. Los romanos eran grandes realistas; eran ingenieros excelentes, capaces de construir calzadas que aún se reconocen, y puentes por los que aún se circula; eran buenos militares, con soluciones prácticas para toda clase de terrenos y de maniobras; tenían una Constitución política mixta en la que aplicaban lo mejor de la Monarquía (un ejecutivo fuerte), de la aristocracia (un Senado fuerte y sabio) y de la democracia (unos comicios que se fueron adaptando, como los ingleses, a los cambios de la sociedad). Eran, sobre todo, grandes juristas; sabían que el Estado de Derecho da mayor seguridad a todos. Por otra parte, las leyes no eran para ellos un dogal y en medio de las situaciones de emergencia se las saltaban limpiamente, dispuestos a volver a la normalidad tan pronto como fuera posible.

Para mí, en definitiva, el país ideal arranca del país histórico y del actual país real; pero con perspectiva de futuro y de generosidad en los planteamientos. No es un país utópico, sino nuestro propio país visto con ojos a la vez realistas y con ánimo decidido de mejora.

Tengo la sensación de que, preocupados por los múltiples problemas de cada día, y de la planificación económica a corto plazo, no hemos meditado suficientemente so-

bre lo que queremos que el país sea, como resultado de todos los impactos que recibe, y de los esfuerzos que hagamos para encauzar su resultante, digamos que hacia el año 2000.

No soy un ingenuo de la futurología o de la prospectiva, pero es indudable que es conveniente, y aún necesario, tener delante un modelo, guión o escenario de las tendencias generales del cambio previsible, a reserva de irlo adaptando y modificando de vez en cuando. No siempre, en verdad, los efectos de una acción social son los previstos. El presidente Sarmiento hizo importar gorriones a la República Argentina habiendo observado los efectos benéficos de las aves insectívoras en la agricultura europea; pero en la pampa los pájaros optaron por comerse el grano y dejar en paz a los insectos. Sin embargo, hay que construir una especie de robot en el que ir controlando la marcha de los acontecimientos.

Una cosa va a cambiar poco: la geografía. Ciertamente que el clima, factor esencial, tiene alteraciones posibles que a la vista están; cierto también que la técnica moderna nivela las montañas y cambia el cauce de los ríos. Pero subsiste el hecho de que nuestro solar patrio seguirá siendo la rugosa piel de toro, con sus pedregales, sus alturas, sus desiertos, sus contrastes de clima; al lado, por supuesto, de su específica situación en el límite de Europa y África y del Atlántico y el Mediterráneo.

La población se mantiene aún dinámica, con tendencia a estabilizarse. Yo no creo que rebasemos en mucho los 40 millones de habitantes en la península y las islas, ni que dejemos de tener para entonces un millón de españoles repartidos por Europa y América. La proporción entre jóvenes, maduros y veteranos, propenderá a un mayor equilibrio, también con menor dinamismo vital y más tendencia a las soluciones prudentes.

En cuanto a la estructura económica, parece razonable pensar que la población agraria descienda a un 10 por 100 y ahí más o menos se estabilice. Será necesario organizarla sobre la base de empresas agrarias bien concebidas, de tamaño medio (familiares) y grande (que pueden ser de diversos tipos de empresa o cooperativas); muchas de ellas del tipo granja, con un buen sistema de financiación y comercialización y unos sistemas sucesorios que impidan la fragmentación de las explotacio-

nes. Los precios básicos de todos los productos importantes deben tener precios de garantía, en horquilla y en las áreas auto-

rizadas; llegando (como en Inglaterra) a la ayuda por explotación más que por absoluta igualdad entre todas las zonas. Deberá ser objetivo primordial la cobertura de todas las necesidades básicas de la alimentación nacional, sin perjuicio de un bien controlado sector de comercio exterior.

El sector industrial debería abarcar algo más del 50 por 100 de la población activa, con una proporción mucho mayor de trabajadores especializados y de mujeres. El resto (un 40 %) estaría en un sector amplificado de servicios de todas clases, con un gran crecimiento de los servicios sociales. Ello exigirá una fuerte inversión en los próximos años, bien planificada, porque los puestos de trabajo no se crean solos.

Los tres grandes sectores de la producción deben integrarse en una economía social de mercado. Hay que desengañarse: a pesar de todas las críticas, ningún modelo económico-social de los conocidos ha producido mayor bienestar ni mayor libertad para buscar cada uno su propia felicidad. Los países del Este no tienen un alto nivel de vida y claramente renuncian a una esfera importante de libertad. Pero la palabra «social» es tan importante como la de «mercado»: las inversiones sociales (escuelas, hospitales, guarderías, centros deportivos, ciudades de vacaciones, etc.) deben tener un carácter primario, lo cual no podrá hacerse sin una política fiscal seria, transparente y enérgica. En mi opinión debe realizarse eludiendo los impuestos que complican la vida y los que desaniman a las empresas y a la inversión en general; mientras que deben reforzarse los que afectan directamente a las rentas de disfrute y a las transmisiones (sobre todo las sucesorias).

La educación, abierta a todos, debe ser selectiva; no con un criterio de eliminación, sino de orientar a cada uno dónde están sus verdaderas capacidades y sus verdaderas posibilidades de autorrealización y de servicio. Es inútil multiplicar los planes de producción de titulados más allá de los puestos previsibles de ejercicio efectivo; manteniendo siempre, por supuesto, un nivel competitivo en cada profesión. Y mientras no se creen nuevos centros de preparación es imposible estirar los existentes. Si una Facultad de Medicina no puede educar bien más que a 1.000 estudiantes deben entrar los candidatos por concurso de méritos o expedientes y los demás buscar otras escuelas que les convenga.

Una vez terminado el periodo de estudios de cada uno, la vida real del ciudadano se divide en tres órdenes de actividades: el puesto de trabajo, la vida familiar y el ocio. Una sociedad bien ordenada debe ocuparse de los tres. En el puesto de trabajo debe proveer unas condiciones de trabajo humanas (pero exigiendo dedicación y productividad), ascensos razonables y medios colectivos de defensa (sindicatos). En la vida familiar es indudable que el ciudadano tiene derecho a esperar una vivienda digna, enclavada en un lugar urbanizado, con suficientes servicios sociales para él y sus hijos y medios de transporte colectivo. En cuanto al ocio, dentro de la máxima libertad para su planeamiento personal, hay que reconocer que hace falta una infraestructura social de aldeas de vacaciones, de extensión cultural y de facilidades de transporte que ofrezcan una oportunidad real a las familias.

Todo ello debe ser posible con una razo-

nable defensa contra los cambios cada vez más rápidos de tecnología (readaptación, educación permanente) y de movilidad de unas zonas o sectores a otros; es decir, sin rigidez ni creación de nuevas «servidumbres de la gleba».

Porque las cosas sociales sólo valen en un clima de libertad. Libertad es la posibilidad de actuar sin sometimiento a poderes (económicos, sociales, políticos) excesivos, abusivos y arbitrarios; no es libertad total, anarquista, que sólo sería posible en la selva y luchando todos contra todos. Libertad es vivir dentro de la ley; de una ley aceptada porque, de algún modo, se interviene en su preparación y en sus modificaciones. Ello implica un sistema representativo de gobierno, lo cual, en las sociedades actuales, supone instancias democráticas a las que representantes y gobernantes se sometan de vez en cuando.

Democracia es intervención del pueblo en el gobierno; no es la negación del gobierno. Hay leyes en las que intervienen los representantes del pueblo; los gobernantes son elegidos por éste, pero una vez investidos reciben poderes de verdad. Lo contrario no es democracia, sino anarquía o demagogia. Tampoco la libertad es hacer cada uno lo que quiere, sin respetar la libertad y derechos de los demás. El orden democrático es un orden; un orden que no se construye autocráticamente, pero que, supuesta la participación popular, garantiza la paz y la ley. Cuando la paz, la ley y la seguridad no se logran por vía democrática, los pueblos se vuelven, por instinto, a las vías autoritarias. Primo de Rivera y Franco fueron comprendidos, aceptados e incluso amados por muchas gentes que estaban hartas de intranquilidad.

Por eso la mayor parte de las Constituciones democráticas son Constituciones que, como la romana, tenían elementos de origen monárquico (el Consulado) y elitista o aristocrático (el Senado) para compensar las tendencias libertarias que a veces (sobre todo en los comienzos) la democracia pue-

de producir. En nuestro caso entiendo que la Monarquía puede cumplir este fin, apoyada en otras instituciones que se basen en el mérito bien establecido.

La España de la que estoy hablando tendría una sólida articulación comarcal y regional. Los municipios serían comarcales y en número no superior al millar; habría que agruparlos en provincias (las actuales, ampliadas quizá en tres o cuatro más); la región sería la unidad superior de los servicios del Estado, y a la vez sede autónoma de poderes normativos delegados, y de una fuerte administración regional. No soy federalista, pero el Senado o Segunda Cámara debería tener una fuerte influencia regional.

Una sociedad políticamente libre es una sociedad pluralista; pero con un número limitado y razonable de opciones. Pienso en que, para entonces, de la actual sopa de letras queden tres partidos, y no más; tampoco deseo menos. Siempre habrá un espíritu de conservación, otro de novedades y otro que no sea ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. Los nombres son lo de menos.

Una nación de hoy, como las de ayer, ha de responder a claves morales de integración que entre nosotros sólo pueden responder a la tradición cristiana. Pero la libertad religiosa y de cultos ha de ser plena, garantizada por un Estado no confesional y que se entienda amistosamente con todos los grupos espirituales que respeten su orden público. Con todos podría concertar determinados servicios sociales, sin perjuicio de reconocer el hecho sociológico e histórico de una confesión dominante.

En la presente situación internacional es de suponer que cada vez será mayor el grado de integración y cooperación entre los Estados. Normalmente, España seguirá este mismo camino en lo económico y en la defensa, pero sin mengua de su independencia; es decir, unas condiciones básicas de autodefensa. Mantendrá por lo mismo un mínimo de autosuficiencia militar y econó-

mica. Al servicio de ambas deberá regularse un servicio social general de todos los españoles de ambos sexos, real y verdaderamente tal; es decir, con sacrificio y dentro del cual se logren a la vez fines de educación social, de integración de clases sociales y de orígenes regionales, de ayuda a las clases o zonas menos favorecidas, de movilización rápida y eficaz en casos de emergencia, de refuerzo rápido de las fuerzas normalmente encargadas de la seguridad colectiva, etcétera. Dentro de este esquema global habría solución posible para los problemas de conciencia.

Si el rendimiento económico lo permite (pero no más deprisa) esa sociedad dispondrá cada vez de mayor tiempo libre y de mayores recursos para la acción social voluntaria; en múltiples iniciativas que no serían sólo para proteger a perros y gatos (por los que tengo el mayor respeto, aunque algunos no lo crean). Me parece que en ese punto se logra el más alto nivel de la civilización a través de las libertades básicas de asociación y fundación.

Ninguna sociedad es perfecta y la vida de los hombres sobre la tierra es conflictiva. Mas pienso que una sociedad que hubiera superado las carencias básicas, educada en el mutuo respeto y en la disciplina social, con instituciones a la vez recias y flexibles, desarrollaría un espíritu sólido de convivencia y resolvería sus conflictos por causas legales más que por la vía del enfrentamiento.

Y, por supuesto, no sería el paraíso terrenal. La gente seguiría muriéndose, a su debido tiempo, y deseando entretanto más de lo que es posible conseguir o enamorándose varios a la vez de la misma persona. Pero éstos no son problemas políticos, sino humanos. Y ya empecé por decir que iba a proponer un modelo sensato; que otros traigan alguno mejor, y realizable.

Manuel FRAGA IRIBARNE

Próximo artículo: «EL PAIS POSIBLE».